

## **HISTORIOGRAFIA DE AMERICA ENTRE 1865 y 1941 (\*) (\*\*)**

**Ricardo Alberto Rivas**  
**Universidad Nacional de La Plata**

### **Introducción**

Toda exclusión es un riesgo, pero el resultado será menos contingente si explorando algunos aspectos de la totalidad ésta no pierde inteligibilidad y si en conjunto resultan suficientes para analizar -como se pretende en este caso-, la producción historiográfica latinoamericana cuyo objeto de estudio es América; sea con esa denominación genérica o con sus diversas especificaciones -Latina, Hispana, Ibérica-, que excluyen o incluyen a Brasil y Estados Unidos.

No se trata de abarcar los múltiples problemas de la historiografía en cuestión, sino de analizarla en los ámbitos historiográficos donde se desarrollaron las obras más significativas del período elegido, aunque sin los detalles que deberían incluirse en una investigación más específica sobre redes institucionales.

El estudio se inicia a mediados del siglo pasado, momento en que la disciplina parecía emerger dentro de cánones reconocidos -particularmente en Brasil y Chile-, finalizando en los primeros años de la Segunda Guerra, cuando el desarrollo de la investigación histórica abarcaba un espacio mucho mayor y los núcleos de irradiación, ahora localizados también en México y Argentina, ampliaban las perspectivas al sumarse nuevos

---

(\*) Ponencia presentada en la *Primeras Jornadas Intercatedras de Historiografía Argentina e Hispanoamericana* organizadas por la Maestría en Historia de la UNdMP, el Instituto de Estudios Históricos Sociales de la UNICEN y el Programa de Historiografía Argentina y Americana del Instituto Dr Emilio Ravignani-UBA. Mar del Plata, 18 y 19 de julio de 1996.

(\*\*) Agradezco a Noemí Girbal sus comentarios y sugerencias, deslindando su total responsabilidad en las deficiencias que pueda tener el presente artículo.

emergentes latinoamericanos y centros historiográficos de prestigio ubicados en otras partes del mundo.

Los límites temporales están representados por dos obras de conocida significación y en consecuencia, el análisis se inicia cuando en 1865 se publicó el *Compendio de la Historia de América* de Diego Barros Arana y culmina en 1940-1941, con la publicación de la obra colectiva *Historia de América* que dirigió Ricardo Levene.

### ***Historiografía americanista***

La historiografía latinoamericana de los últimos años está siendo analizada con cierta asiduidad, siendo muy útiles algunos estados de la cuestión cuando abarcan períodos previos, aunque obviamente, no se remontan al pasado más allá de lo indispensable y raramente reemplazan a la historia de la historiografía.<sup>(1)</sup>

El siglo XIX latinoamericano como conjunto historiográfico ha sido por lo general poco tratado, aunque no así las historiografías nacionales que resultan más frecuentes y satisfacen desde sus particularidades, la necesidad de una visión más abarcadora. Algunos rastreos temáticos en discusión también han dado frutos de orientación historiográfica, tales como -entre muchos otros- los referidos al origen de la nación o al uso del apelativo feudal asignado a las sociedades latinoamericanas por pensadores de diferentes épocas; en consecuencia, la historiografía americana dispone de analistas en forma discreta, aunque para algunos fines resulta insuficiente y una historia de la historiografía latinoamericana sigue siendo necesaria. De todos modos, la cuestión es menos crítica que hace cuarenta y cinco años, cuando Horacio J. Cuccorese señalaba dicha carencia al

---

(1) Cf Antonio Annino, Luis Castro Leiva y Francois-Xavier Guerra (Comp)-*De los imperios a las naciones: Iberoamérica*. Ed. Iber Caja. Zaragoza, 1994. Manuel Chust "Insurgencia y revolución en Hispanoamérica. Sin castillos hubo Bastillas.", en *Historia Social*. nro 20. Otoño 1994. Pág.67-95. Marta E. Casaús Arzú-"Los préstamos metodológicos de la historia y las Ciencias Sociales en América Latina en las últimas décadas. Revisión bibliográfica", en *Revista de Historia*. nro. 5. Departamento de Historia. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional del Comahue, 1995. Pág. 11-38.

(2) Cf Juan Cuccorese (sic), "Esquema para una historia de la historiografía americana", en *Trabajos y comunicaciones* nro 2. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata, 1951. Pág. 13-28. (Noemí Girbal me

proponer un anteproyecto de investigación que lamentablemente no llevó a cabo y cuyo objetivo era, precisamente, llenar ese vacío.

(2)

Aunque muchos pensadores han explorado temas muy próximos en diversos géneros literarios, persisten los obstáculos cuando se pretende consultar trabajos con el fin de observar de qué manera se reflexionaba sobre la disciplina en el siglo pasado desde la perspectiva de entonces. Luego de la Primera Guerra esos trabajos se hicieron más frecuentes, predominando enfoques propios de la historia de la historiografía, aunque los estudios daban en general mayor importancia al período colonial que a la evolución de la disciplina a partir de la Independencia.

Al realizarse en 1922 el I Congreso Internacional de Historia de América reunido en Río de Janeiro, los aportes en ese sentido eran escasos y aún en el II Congreso celebrado en 1937

---

hizo notar el error de imprenta en dicha publicación, que no consigna el primer nombre del autor). Ricardo A. Rivas, - *Historiadores del siglo XIX y la historia de América. Serie Estudios e Investigaciones nro.26.* Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata, 1995. También "El origen de la nación y los historiadores latinoamericanos" en *Cuadernos del CISH nro 1.* Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. Primer semestre de 1996. Pág. 52-67. Sobre los primeros españoles que escribieron sobre la independencia, María C. Carnevale-*La independencia hispanoamericana en la historiografía española de la primera mitad del siglo XIX.* (Inédito). La Plata, 1996.

(3) En el primero de dichos congresos no se planteó mayormente cuestiones de la historia de la historiografía americana, aunque sí algunos casos nacionales. *Congreso Internacional de Historia da America (Realizado no Rio de Janeiro, de 8 a 14 de setembro de 1922).* Revista do Instituto Historico. Imprensa Nacional. Rio de Janeiro, 1925. En el segundo, la discusión del tema fue propuesto por Mario Falcao Espalter, "Un concepto interpretativo sobre la Historia de América", en *II Congreso Internacional de Historia Americana reunido en Buenos Aires en los días 5 a 14 de julio de 1937.* Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires, 1938. Tomo I, pág. 340-353. También en la Sección "Concepto e interpretación de la historia" se presentaron ponencias próximas al tema, tales como las de Manuel Lizondo Borda "Historia hispanoamericana. Conceptos interpretativos" y de Rodolfo Rivarola "Problemas de la historia y del historiador". *Ibid.* Tomo V, pág. 209-217 y 296-301, respectivamente. Por otro lado, en la parte resolutive el Congreso aprobó resoluciones y solicitudes ante gobiernos y entidades de diverso tipo tendientes a mejorar las condiciones para el conocimiento de la historia americana. Desde entonces muchos autores publicaron artículos breves,

como William S. Robertson, "Orientaciones de la historiografía latinoamericana", traducido y reproducido en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia.* Vol. XIX. Buenos Aires, 1946. Pág.335-346; E.Bradford Burns-"Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography", en *Hispanic American Historical Review* 58 (3), 1978. Pág. 409-431. Jaime Jaramillo Uribe-"Frecuencias temáticas de la historiografía latinoamericana", en Leopoldo Zea (Coordinación e introducción)-*América Latina en sus ideas.* Siglo XXI-Unesco. México, 1986. Pág. 23-45. Héctor J. Tanzi-"Historiografía americana", en *Revista Historia de América.* nro. 104. Instituto Panamericano de

en Buenos Aires, los avances reflejaban cierta lentitud, apareciendo luego de la Segunda Guerra algunas síntesis abarcadoras, aunque no de gran aliento.<sup>(3)</sup>

Como es fácil suponer, los trabajos europeos clásicos de la historiografía de los primeros años de este siglo poco o nada decían sobre los historiadores latinoamericanos del siglo pasado y mucho menos sobre una producción más específica como es la historia de América en su conjunto.

En Europa, exceptuando los españoles, pocos se ocupaban de la historia americana y por supuesto, menos aún de su historiografía. Entre esos pocos se destacaron los franceses - cuyo interés por América Latina tenía raíces antiguas-, quienes editaron obras como *Bolívar et l'émancipation des colonies espagnoles des origines à 1815* de Jules Mancini en 1912, traducida y publicada en México en 1914, *L'Amérique Latine* que redactó André Siegfried en 1934 y otras que evolucionaron desde concepciones abiertamente comprometidas con el interés nacional francés a algunas en que el mayor rigor historiográfico disimularon esas intenciones. Desde 1930 -con escasa frecuencia- en *Annales* se daba cuenta de investigaciones realizadas sobre países americanos por autores en buena proporción europeos o norteamericanos, sin faltar algunos referentes latinoamericanos, pero también en este caso, los estudios histórico-historiográficos sistemáticos no parecían interesar demasiado, pese a que la historia de América ya ocupaba un lugar de relativa significación en la historiografía mundial.

En Estados Unidos, el mayor interés por la historia latinoamericana había comenzado a manifestarse al comenzar el presente siglo, tomando un importante impulso luego de la Primera Guerra, aunque sin resolverse totalmente la cuestión. En efecto, trabajos publicados en revistas especializadas como *The Hispanic American Historical Review* y en general, la creciente atención que los historiadores norteamericanos ponían en algunos temas, indican una mayor predilección por el pasado latinoamericano, pero no tanto por los historiadores latinoamericanos de ese pasado.

---

Geografía e Historia, julio-diciembre de 1987. Pág.65-112. Florencia Ferreira de Cassone, "Historia y política en Hispanoamérica", en *Teoría y realidad histórica en América*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, 1994. Pág.77-113.



También en este caso, los estudios historiográficos no abundaban, por lo menos aquellos que atendieran al conjunto de América Latina.

De todos modos la tendencia resultaba alentadora, en la medida que tanto en Europa como en los Estados Unidos el interés por la historia americana fue creciente, aunque las intenciones subyacentes hayan sido por demás diversas, entre ellas las que irradiaban de reales o supuestos centros hegemónicos o de las redes institucionales y personales que los historiadores impulsaban desde iniciativas aparentemente más profesionales o corporativas.

Los españoles en tanto, no habían abandonado su atención en América al producirse la Independencia y ésta, por el contrario, fue tema de análisis histórico cuando la historiografía latinoamericana era aún muy rudimentaria durante la primera mitad del siglo XIX. Cuando ésta comenzó a desarrollarse a partir de la década del sesenta del siglo pasado, los historiadores españoles percibieron su utilidad como fuente, forzosamente imprescindible para el estudio del período independiente, así sea desde opiniones más o menos adversas, según los casos.

Tres autores españoles ejemplifican lo antedicho. Gil Gelpi y Ferro, que publicó *Estudios sobre la América. Conquista, colonización, gobiernos coloniales y gobiernos independientes* entre 1864-1870, desde una perspectiva antidemocrática y antifederalista, justificaba su punto de vista haciendo alarde de una dudosa objetividad que demostraba por haber utilizado fuentes adversas a sus ideas, sea de españoles liberales o de hispanoamericanos. <sup>(4)</sup>

También Miguel Lobo, en su *Historia General. Antiguas colonias Hispanoamericanas. Desde su descubrimiento hasta el año mil ochocientos ocho*, redactada durante la década del sesenta y publicada en 1875, desde una concepción liberal buscaba las causas de la independencia en diversas fuentes, consignando varios autores hispanoamericanos, entre ellos al venezolano Rafael María Baralt, a quien consideraba "el más elegante de los

---

(4) Gil Gelpi y Ferro-*Estudios sobre la América. Conquista, colonización, gobiernos coloniales y gobiernos independientes*. Librería e Imprenta El Iris. La Habana, 1864-1866. Imprenta de la Prensa. La Habana, 1870. 2 vol. Tomo II, Cuarta Parte, pág.160.

*historiadores modernos contemporáneos”* <sup>(5)</sup>

Por su parte, José Coroleu, en *América. Historia de su colonización, dominación e independencia*, publicada entre 1894-1896, al igual que otros, no consignaba la bibliografía en forma ordenada, pero las citas a pie de página y los comentarios sobre las fuentes dan una clara idea de su conocimiento sobre la historiografía latinoamericana, pese a que su especialidad no era la historia americana sino el medioevo español. Las fuentes bibliográficas latinoamericanas que consideraba más confiables eran obras de historiadores como Bartolomé Mitre, Vicente Quesada, Miguel Tejera, José Manuel Groot, Vicente Riva Palacio, destacando a Diego Barros Arana y *su Historia General de Chile*. <sup>(6)</sup>

La mirada atenta de los historiadores españoles sobre la historiografía americana no se apartó con la pérdida de sus últimas colonias en 1898; por el contrario, con una visión abarcadora escudriñaban la historiografía española desde una concepción hispanista que incluía obviamente a América y sus historiadores. Con este sentido, en 1917 se publicó en España un importante catálogo de obras históricas cuya segunda edición de 1927 fue revisada y actualizada, incluyendo la producción historiográfica española casi en su totalidad, la mayoría de los historiadores hispanoamericanos y algunos brasileños que habían abordado temas próximos al interés español. <sup>(7)</sup>

En realidad, con este repertorio España demostraba su actualizado conocimiento de la historiografía latinoamericana, contrastando con obras clásicas de otro origen que por lo demás, tampoco se ocupaban mayormente de la española, tales como los estudios sobre historia de la historiografía realizados en la

---

(5) Miguel Lobo *Historia general. Antiguas colonias Hispano Americanas. Desde su descubrimiento hasta el año mil ochocientos ocho*. Imprenta y librería de Miguel Guijarro Ed. Madrid, 1875. Tomo I, pág. 11.

(6) José Coroleu. *América. Historia de su colonización, dominación e independencia*. Montaner y Simón, ed. Barcelona. Tomo I, 1894, tomo II y III en 1895 y tomo IV en 1896. Obra impulsada por la Real Academia de la Historia de la cual el autor era miembro correspondiente. Murió en 1895, debiendo completar los tomos III y IV Manuel Aranda y Sanjuán.

(7) B., Sánchez Alonso-*Fuentes de la historia española e hispanoamericana*. Segunda edición revisada y ampliada. 2 volúmenes. Centro de Estudios Históricos. Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas. Madrid, 1927.

misma época por reconocidos especialistas como Eduard Fueter, G. P. Gooch y Benedetto Croce quienes, por otra parte, influyeron de manera significativa en un considerable número de historiadores latinoamericanos.

En cuanto a los latinoamericanos, numerosas compilaciones, biografías de historiadores, reseñas críticas y otros trabajos realizados desde el siglo pasado aportan al conocimiento del desenvolvimiento de la disciplina, pero falta todavía una historia sistemática de la historiografía latinoamericana para contextualizar mejor temas como el que ahora se plantea. No obstante -ya se dijo-, tanto la evolución de la disciplina como del conocimiento histórico tienen en su génesis el aporte fundacional de los primeros historiadores latinoamericanos.

En efecto, al fundar y desarrollar las historiografías nacionales, esos historiadores crearon las condiciones para el abordaje de la historia del conjunto americano. Las diversas compilaciones de fuentes realizadas en cada país por particulares e instituciones y la organización de los archivos crearon las condiciones heurísticas mínimas indispensables; los debates teórico-metodológicos contribuyeron a la elevación del perfil científico de la disciplina; las obras de historia general de los distintos países americanos y las monografías de mayor detalle -en conjunto- constituyeron las potenciales fuentes de la historia de América; las redes institucionales y personales generaron mecanismos de intercambio intelectual, coadyuvando a la formación de ámbitos de dimensiones más adecuadas para el desarrollo historiográfico.

### ***Redes institucionales y la historia de América***

La Universidad de Chile y el Instituto Histórico y Geográfico Brasileño fueron adalides, destacándose desde mediados del siglo pasado -cada uno a su manera- por sus importantes aportes a la historiografía americana. Muy tempranamente con relación a otros países latinoamericanos, ambas instituciones dieron un significativo impulso a sus respectivas historiografías, estableciendo pautas propias de la disciplina y del interés que consideraron nacional.

Durante el período de entreguerras se agregan México y Argentina. El primero, cuna de una tradición historiográfica de vieja data, acopló al pensamiento propio de la revolución agraria y su proyección continental, otros de tendencia tan singular como

el de Carlos Pereyra, uno de sus más prestigiosos historiadores americanistas. La historiografía americanista mexicana adquirió un gran impulso desde el Colegio de México y el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, y más aún desde 1938 cuando comenzó a editarse la *Revista de Historia de América* que dirigía el entonces muy joven Silvio Zavala, director a la vez del Museo Nacional de México y cabeza visible de la nueva historiografía mexicana que se impondría en los años de la segunda posguerra.

En la Argentina, -otro centro de producción historiográfica en ascenso durante el período de entreguerras- se desarrolló también una política americanista a través de redes institucionales nacionales e internacionales, cuya máxima expresión en el período, fue la organización del II Congreso de Historia de América, realizado en 1937 y la publicación por la Editorial Jackson de la *Historia de América en 1940-1941*, dirigida por Levene.

Desde el siglo XIX el espacio institucional de la historiografía latinoamericana había comenzado a ser cubierto por Institutos y Academias que se fueron organizando con mayor o menor apoyo estatal, tales como el Instituto Histórico y Geográfico de Brasil (1838), su homónimo uruguayo creado por Andrés Bello (1843), la Sociedad Geográfica e Histórica de Sucre (1878). En 1888 se creó en Venezuela la Academia Nacional de la Historia, en 1902 la de Colombia; otras que se crearon durante este período fueron completando casi la totalidad de la geografía latinoamericana, como en Cuba, Perú, Ecuador, México, Chile, Panamá y Bolivia. Aunque de manera desigual, estas instituciones jugaron un relevante rol heurístico y en su mayoría se propusieron un acercamiento entre instituciones americanas designando miembros correspondientes

---

(8) Nora Pagano y Miguel Angel Galante, "La Nueva Escuela Histórica. Una aproximación institucional del Centenario a la década del 40", en Fernando Devoto-(Compilador) *La historiografía argentina en el siglo XX*. vol I. Centro Editor de América Latina. Los fundamentos de las ciencias del hombre. Buenos Aires, 1993. Pág. 45-78. Un mayor detalle sobre la evolución de la institución puede consultarse en los trabajos publicados por la Academia Nacional de la Historia-*La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*. Vol. I. Buenos Aires, 1995. El volumen II, referido a historiografía, aún no ha sido publicado. Para el conjunto de instituciones Yamila Kiriácópulos-*La historia de América en el contexto institucional latinoamericano (1838-1940)*. (Inédito). La Plata, 1996.



de manera recíproca y propendiendo al intercambio entre ellas, incluida la Asociación Americana de Historia de los Estados Unidos, creada en 1884.

En nuestro país, con el precedente del Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata que funcionó entre 1854 y 1860, se organizó en 1893 la Junta de Numismática, luego en 1896 como Junta de Historia y Numismática Americana y desde 1938 Academia Nacional de la Historia. <sup>(8)</sup>

La Junta de Historia y Numismática Americana impulsaba una apertura internacional, fundamentalmente hacia los países americanos y a España, atendiendo -muchas veces con éxito- la demanda simultánea de visiones panamericanistas e hispanistas que ponían su atención en Estados Unidos y España, respectivamente. De todos modos, sea con uno, con otro o con ambos países, la política de la Junta fue significativamente americanista durante el período de entreguerras y al igual que instituciones similares de otros países latinoamericanos como Brasil, Colombia y Venezuela, combinaba su política de apertura externa hacia América con la unificación interna mediante incorporaciones y apertura de filiales que serían indicadoras de cierta integración de la historiografía nacional. <sup>(9)</sup>

Durante los años de la Primera Guerra la corporación sólo designó miembros correspondientes de países latinoamericanos, abriéndose nuevamente las incorporaciones a Europa y Estados Unidos en los primeros años de la década del veinte, con una presencia británica que tendía a ser considerablemente mayor, nada sorprendente dadas las estrechas relaciones diplomáticas y económicas existentes entre Gran Bretaña y Argentina.

Por su parte, las vinculaciones con historiadores e instituciones norteamericanos no era una novedad, habiendo tomado tres impulsos significativos durante el período. El primero

---

(9) Noemí M. Girbal de Blacha y Aurora Ravina, "La representación académica bonaerense en la Junta de Historia y Numismática Americana: una manifestación de las jerarquías de la cultura", en *Investigaciones y ensayos* nro 44. Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires, 1994. Pág. 149-181. También, Noemí Girbal de Blacha, "La aproximación al cambio, el dinamismo interno y la transición hacia la apertura intelectual", pág. 96-121. De la misma autora, "Renovación y proyección nacional e internacional de la Junta", pág. 123-167. En *Academia Nacional de la Historia*. Op cit. Ambos trabajos, de gran utilidad para los fines aquí expuestos, cubren en conjunto el período de entreguerras.

de ellos a partir de 1906 cuando se realizó en Río de Janeiro la III Conferencia Panamericana, alcanzándose la nominación de la Junta como miembro honorario de la Hispanic Society of America al año siguiente y la designación de Bernard Moses y Leo Rowe como miembros correspondientes en 1908; el segundo, cuando en 1932 Herbert E. Bolton (Presidente de la Asociación Americana de Historia) anunciaba su tesis acerca de la unidad histórica de todo el continente en su famoso discurso *La Epopeya de la Gran América* en momentos en que la política exterior de Estados Unidos se orientaba con modales de Buen Vecino; el tercero, cuando en los años de la Segunda Guerra el panamericanismo sustentado en principios democráticos como barrera al avance de los países del Eje tenía buena acogida entre varios miembros de la corporación argentina.

Con España la relación era estrecha con historiadores de nota como Rafael Altamira, pero institucionalmente no ostentaba diferencias a su favor que denoten preferencias que, si existían, fueran demasiado notables. Mientras que -como vimos- la Junta fue designada miembro honorario de la Hispanic Society of America de Nueva York en 1907, recién fue nominada miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid en 1920, habiéndose demorado dos años la entrega de los diplomas pertinentes. No obstante, la denodada lucha de los historiadores españoles por sustituir una imagen que creían distorsionada por la llamada Leyenda Negra tenía aliados prestigiosos entre algunos miembros de la Junta, cuyo hispanismo era ya bastante común en el resto de la historiografía latinoamericana que se iba despojando de las decimonónicas percepciones antiespañolas.

En general, estas instituciones desempeñaron desde la *historia oficial* un papel significativo en la conformación de la historiografía latinoamericana, tanto porque impulsaron su desarrollo en los respectivos países, como porque crearon mejores condiciones para el abordaje de la historia americana como totalidad y más puntualmente, porque fueron artífices del primer encuentro de historiadores americanos y de la primera propuesta firme para redactar en colectivo una historia general americana.

Por su parte, las universidades latinoamericanas tardaron en incorporar los estudios históricos como disciplina diferenciada y más aún como una especialidad de la historia americana, salvo excepciones como la Universidad de Chile, importante promotora

de la investigación histórica en general y de los estudios americanistas en particular.

La Universidad de Chile, que inició sus actividades en 1843 bajo la dirección de Andrés Bello, asumió tempranamente un perfil erudito, contando en pocos años con la infraestructura mínima para impulsar la disciplina (publicaciones, compilación de fuentes, reconocimiento institucional) y fundamentalmente, un conjunto de historiadores destacados, como Benjamín Vicuña Mackena, Miguel L. Amunátegui, Diego Barros Arana y otros intelectuales que, sin ser considerados estrictamente historiadores por la naciente comunidad científica, participaban del debate historiográfico desde las más diversas expresiones literarias.

En los años de la Primera Guerra otras universidades latinoamericanas comenzaron a participar de la difusión de la historia americana, tales como en México, Perú y Argentina.

En nuestro país se destacaron algunas universidades como las de Buenos Aires y La Plata. En esta última, el interés por los estudios americanos y los contactos con otros países del continente estuvo muy asociado a la personalidad de Levene, así como a investigaciones referidas a Hispanoamérica cuyas publicaciones promovió a partir de 1920. La Biblioteca de la Universidad adquirió un significativo perfil americanista, más aún al incorporarse la biblioteca de Juan A. Farín en 1935, cuyos 17.000 volúmenes incluyen ediciones príncipe, libros de viaje, colecciones de periódicos y en general, fuentes de capital importancia para la historiografía americana.

En los Estados Unidos la tradición historiográfica americanista cuyo objeto de estudio traspasara sus fronteras nacionales se había iniciado con Bernard Moses y continuada por Herbert E. Bolton en la Universidad de Berkeley, así como por William S. Robertson de la Universidad de Illinois, uno de los americanistas norteamericanos más notables de las primeras décadas de este siglo.

Conjuntamente con otras instituciones, las universidades norteamericanas lograron insertarse en la red historiográfica americana a través de referentes que visitaron universidades y corporaciones latinoamericanas, así como por la participación de algunos de ellos en distintas reuniones propias de la disciplina, especialmente los dos Congresos de Historiadores Americanos que se reunieron en el período analizado y que pusieron a prueba

la eficacia de las redes mencionadas.

Al respecto, el Instituto Histórico y Geográfico Brasileño impulsaba desde 1914 la organización de un encuentro de historiadores americanos en conmemoración del centenario de la independencia de Brasil, que se realizó en Río de Janeiro en setiembre de 1922 y resultó ser una iniciativa novedosa.

En efecto, este Congreso fue primero en su género, ya que si bien existían ámbitos en los cuales participaban historiadores americanos a nivel internacional, o no habían sido organizados por entidades americanas como algunos que se realizaron en España, o no eran específicamente de la disciplina como otros que auspiciaba Francia.

En el primer caso, por ejemplo, se incluyen dos Congresos de Historia y Geografía Hispanoamericanos que organizaron conjuntamente la Real Academia de la Historia y la Real Sociedad Geográfica de Madrid, reunidos en 1914 y en 1921 en el marco de un panhispanismo que infructuosamente trataba competir con el pujante panamericanismo. Algunas discusiones y resoluciones al respecto indican esa intención, tal como la delimitación, definición y nombre del objeto de estudio de la historia americana, que parecía depender más de controversias hegemónicas de política internacional que de criterios propios de la disciplina. En el Primer Congreso, se alertó sobre el uso cada vez más generalizado del nombre de América Latina y en el siguiente, se resolvió rechazar ese apelativo, considerándose como apropiado el de América Hispánica, que incluiría también al Brasil.

(10)

En cuanto al segundo caso, es decir, reuniones no específicas en las que participaban también historiadores, como el Congreso Internacional de Americanistas que por iniciativa francesa se venía reuniendo desde 1875 en distintas partes del mundo, predominantemente trataban temas de arqueología y etnología americanas. Los historiadores americanistas llegaron a demostrar poco interés en este tipo de encuentros, tal como lo

---

(10) *II Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericanos. Actas y Memorias.* Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés. Madrid, 1921. Pág. 168. El fundamento de la resolución del Congreso sobre el nombre de América se sustentó en la ponencia de Ramón de Monjarrés "La denominación de América Latina". Pág. 349-355.



expresaran Barros Arana y Levene en 1879 y 1937, respectivamente.

Barros Arana, que había sido designado representante chileno al III Congreso que se realizó en Bruselas en 1879, no asistió por considerarlo irrelevante para la disciplina y Levene por su parte, recordaba en el II Congreso de Historia de América el carácter no específico de aquellos tradicionales encuentros. Sin embargo, es indudable que ocupaban un espacio que la historiografía americanista aún no atinaba a cubrir y que cuando se decidió en ese sentido, se produjo una competencia muy singular.

Precisamente, fue el XVIII Congreso Internacional de Americanistas, cuya sede en 1910 había recaído en Buenos Aires, lo que frustró la iniciativa presentada por Ernesto Quesada ante la Junta de Historia y Numismática Americana de organizar un Congreso de Historia Americana, que debió relegarse para no superponer ambas actividades y que se realizó sólo en parte en nuestro país, pues culminó sus deliberaciones algunos meses más tarde en México. <sup>(11)</sup>

La participación de historiadores en estos congresos no debe despreciarse; incluso en 1932, al realizarse en La Plata el XXV Congreso Internacional de Americanistas, presidió sus sesiones Ricardo Levene, pero no constituían un ámbito específico de proyección historiográfica americanista como el que se llevó a cabo en Río de Janeiro y en el cual también había tenido una actuación destacada el mencionado historiador argentino, organizador años más tarde del segundo encuentro que se realizó en Buenos Aires, director de la *Historia de América* ya mencionada y partícipe de importantes órganos de conducción, tres aspectos que interesan a los fines de este artículo, sin ser de menor importancia el último de ellos, de indudable contenido político.

En efecto, Ricardo Levene era un político, pues aunque

---

(11) La designación de Barros Arana y su crítica al Congreso de Americanistas en Ricardo Donoso-Barros Arana. *Educador, historiador y hombre público*. Universidad de Chile. Santiago, 1931. Pág.137. Cf Aurora Ravina, "La fundación, el impulso mitrista y la definición de rasgos institucionales", pág. 23-59. También de la misma autora, "Nuevos proyectos, nuevos miembros, nuevos tiempos", pág.61-93. Ambos en *Academia Nacional de la Historia*. Op cit. Los dos trabajos cubren periodos institucionales desde 1893 hasta 1918 e incluyen apreciaciones sobre los Congresos de Americanistas y la propuesta de Ernesto Quesada.

su participación en partidos fue marginal y sólo durante un breve período de su juventud cuando adhirió al dividido Partido Autonomista, su accionar en instituciones como la Universidad y la Junta de Historia y Numismática Americana, así como su inserción en distintas instituciones nacionales y del exterior confirman una vocación de esa naturaleza, volcada con gran dedicación a los ámbitos más específicos de la disciplina. En consecuencia, un acontecimiento de la importancia del I Congreso de Historia de América como el que se realizó en Brasil no le sería indiferente y por el contrario, su protagonismo en el mismo fue notable y con proyección luego comprobada, pues continuó y llevó a cabo algunos de los objetivos que allí se trazaron y mantuvo contactos institucionales y personales que en gran medida se iniciaron en esa ocasión.

En dicho Congreso participaron representantes de gobiernos, de corporaciones de la disciplina y de universidades. La delegación argentina presentó numerosos trabajos que reflejaban, en líneas generales, el estado de la historiografía de entonces. El protagonismo de Levene estuvo vinculado a la especial consideración otorgada a su persona como representante argentino, según lo resuelto en una reunión preparatoria realizada el 25 de junio del año anterior. La resolución se justificaba en el marco de dos objetivos básicos del Congreso, tales como eran reunir a representantes de todos los países del continente y crear las condiciones para redactar una Historia General de América, pero no puede ignorarse que alguna significación debe haber tenido el hecho de que Levene fuera portador de los diplomas mediante los cuales se designaban miembros correspondientes de la Junta de Historia y Numismática Americana a conspicuos integrantes del Instituto Histórico y Geográfico de Brasil, entre los que se contaba su presidente vitalicio, el historiador Alfonso Celso. Si bien la designación de miembros correspondientes era habitual entre corporaciones de este tipo y más aún en esas circunstancias, la oportunidad en este caso no tendría desperdicio en manos de Levene.

En su discurso con motivo de entrega de los diplomas mencionados, Levene dio cuenta del estado de los estudios históricos en la Argentina, y entroncando la historiografía tradicional "*con las nuevas conquistas de la ciencia histórica*", exponía las bases conceptuales y metodológicas de la Nueva Escuela como

un vocero autorizado de la misma. <sup>(12)</sup>

La iniciativa del Instituto de llevar a cabo una obra colectiva de historia americana, enriquecida con las propuestas que al respecto se discutieron en las distintas sesiones, incluía desde aspectos orgánicos como la constitución de comisiones para el caso, hasta el período y contenido que abarcaría, temas que se debatieron con ánimo amistoso y tendiente a limar viejas asperezas entre naciones que en no pocos casos habían sostenido conflictos serios en el pasado. La invitación al Embajador norteamericano y al representante de la Unión Panamericana no era ajena a esa intención.

Además de la redacción de una Historia General de América desde el poblamiento primitivo hasta la finalización del siglo XIX dirigida por el Instituto con participación de los restantes países americanos, el Congreso aprobó un conjunto de medidas tendientes a crear una red permanente, con especial participación de instituciones similares al Instituto y de las universidades, decidiendo a la vez el carácter permanente del Congreso y designando a Buenos Aires sede del próximo encuentro que debería reunirse en 1925 y que como se sabe, se realizó recién en 1937.

Este II Congreso tuvo una gran trascendencia y puso en evidencia el doble impacto que significó, por un lado, reunir a lo más representativo de la historiografía americana de entonces evidenciando un auspicioso estado de la cuestión y por el otro, el reconocimiento de la comunidad internacional a la historiografía argentina y a uno de sus referentes como era Ricardo Levene, Presidente de la entidad organizadora.

Se mantuvo el criterio de dar continuidad a estos Congresos, alternando sus sedes entre países del Pacífico y del Atlántico, que debían reunirse cada tres años, tal como también se había resuelto en el de Río de Janeiro. De tal modo, se fijó Santiago de Chile como lugar de la reunión que debía llevarse a cabo en 1940. Este III Congreso se postergó por razones diversas y se realizó recién en 1960, nuevamente en Buenos Aires.

---

(12) "Discurso do Sr. Ricardo Levene entregando diplomas de socios correspondientes da Junta de Historia y Numismática".(sic) *Congresso Internacional... Op cit.* Pág.47-51.

No se alcanzó con los dos primeros encuentros mencionados el objetivo de redactar una historia oficial colectiva, pero varios de los participantes en el II Congreso e incluso algunos que también lo habían hecho en el primero, colaboraron con Levene en la *Historia de América*. Además, las redes estaban instaladas y estos eventos quedaban reconocidos como un ámbito específico de los historiadores, claramente diferenciado de los tradicionales Congresos Internacionales de Americanistas.

### ***La historia de América. Algunas obras representativas.***

Es lógico que durante el siglo XIX los historiadores europeos y norteamericanos -más dedicados a sus propios problemas nacionales- se ocuparan poco de los temas latinoamericanos, excepto los referidos a la Conquista y aún así reducidos a pocos trabajos de significación. Para España, por el contrario, la cuestión de la nación estaba íntimamente asociada a América, de allí que su producción historiográfica al respecto haya sido relativamente copiosa en toda época, muchas veces acompañada por las frecuencias temáticas e interpretaciones de su propia historia peninsular.

Los trabajos latinoamericanos fueron poco frecuentes y si en rigor se atiende a mínimas exigencias aceptadas en la época, resultan significativamente escasos, aún para la segunda mitad del siglo pasado. Para esa etapa pueden citarse entre otras pocas, la de Miguel de Barra y Lira, *Compendio de la historia del descubrimiento, conquista, coloniaje e independencia de América* en dos volúmenes, editados entre 1857 y 1858 en Santiago de Chile; la de Barros Arana mencionada o la de Carlos Navarro y Lamarca, *Apuntes de Historia americana*, editada en Buenos Aires en 1894 y que resultó más conocida en su versión corregida y ampliada que publicó en 1910-1913 en dos volúmenes con el nombre de *Compendio de la historia general de América*.

Esta relativa escasez se debía por un lado, a que en buena proporción los historiadores se encontraban más abocados a sus propios casos nacionales pero por el otro, a que la disciplina no había aún alcanzado un grado de desarrollo adecuado, situación que parecía en vías de superación cuando en los primeros años de este siglo comenzó a publicarse un número importante de obras



históricas sobre el conjunto americano, tendencia que alcanzó una relativa significación durante el período de entreguerras.<sup>(13)</sup>

Como ya se dijo, hasta comienzos de este siglo los países latinoamericanos que habían alcanzado un mayor nivel historiográfico eran Brasil y Chile. El primero de ellos, agrupaba alrededor del Instituto Histórico y Geográfico a los estudiosos más significativos, con una orientación que desde su fundación en 1838, auspiciaba conformar una disciplina apropiada para la historia oficial, admitiendo influencias francesas y alemanas en diferentes dosis, según la época.<sup>(14)</sup>

No obstante, durante el siglo pasado los aportes de la historiografía brasileña al conocimiento de la historia de América estaban limitados a su esfera nacional, pues hasta el advenimiento de la República las naciones hispanoamericanas despertaban muy poco interés en varios sentidos -incluyendo por supuesto el historiográfico-, actitud que cambió radicalmente en las primeras décadas del siglo actual cuando se publicaron diversos trabajos sobre historia americana, destacándose entre otros, los de Manuel de Oliveira Lima, cuyas conferencias dictadas en universidades norteamericanas en 1912, fueron publicadas luego por Rufino Blanco Fombona en la Biblioteca Ayacucho con el nombre *La evolución histórica de la América Latina. Bosquejo comparativo*.

Chile, entretanto, ocupaba también un lugar destacado en la historiografía latinoamericana, pero allí los estudios americanistas parecían mostrar un mayor interés por la historia

---

(13) Además de obras generales, algunos ejes temáticos constituyeron objetos de análisis del conjunto latinoamericano, tales como el de la Iglesia o algunas de sus Ordenes, la imprenta, las relaciones internacionales, etc. Entre otras iniciativas puede destacarse la de la Biblioteca Ayacucho que publicó varias obras de esta naturaleza, por ejemplo, *Los Estados Unidos de América y las repúblicas hispanoamericanas de 1810 a 1830* de Francisco José Urrutia, diplomático y miembro de la Academia de la Historia de Colombia, desde un enfoque que llamativamente era bastante adverso al de Rufino Blanco Fombona, el conocido intelectual venezolano que dirigía exitosamente dicha serie editorial. Sobre la producción historiográfica latinoamericanista de las primeras décadas de este siglo, Carlos Sorá-*La historiografía latinoamericana durante el Centenario*. (Inédito). La Plata, 1996.

(14) Manoel Luis Salgado Guimaraes-*"Nacao e Civilizacao nos Trópicos: O Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro e o Projeto de uma História Nacional"*, en *Estudios históricos. Caminhos da historiografia*. nro 1. Río de Janeiro, 1988. Pág. 5-27. También, José Murilo de Carvalho, *"Brasil. Naciones marginadas"*, en Antonio Annino, Luis Castro Leiva, Francois-Xavier Guerra-Op cit, Pág. 401-423.

del conjunto, contando en la Universidad de Chile con un adecuado marco institucional y destacados historiadores como Diego Barros Arana, el más brillante entre ellos, autor del *Compendio de historia de América* que se editó en 1865. <sup>(15)</sup>

Barros Arana combinó una fecunda labor de historiador -como investigador y docente-, con el ejercicio político en diversos ámbitos, destacándose su gestión como Rector del Instituto Nacional, Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades y Rector de la Universidad de Chile.

Su *Compendio...*, ampliamente conocido como texto escolar y para consulta de historiadores, fue redactado en tiempo récord cuando ejercía el rectorado del Instituto Nacional, donde se impartía enseñanza de nivel medio. <sup>(16)</sup>

Barros Arana corrigió y amplió la segunda edición de 1894, agregando una bibliografía actualizada pero significativamente, elude algunas obras ya editadas en ese entonces, tanto generales sobre América como otras referidas a aspectos nacionales controversiales. Entre las primeras, omite la de Gil Gelpi y Ferro ya citada. Entre las segundas, la *Historia de la dominación española en el Uruguay* de Francisco Bauzá, cuyo enfoque sobre la independencia uruguaya difería del sustentado por Bartolomé Mitre, mucho más cercano al historiador chileno.

No se trata de desconocimiento, pues a las obras de Antonio D. de Pascual y Miguel Lobo -que tampoco cita- les había

---

(15) Diego Barros Arana-*"Historia de América"*, en *Obras completas*. Tomos I y II. Imprenta Cervantes. Santiago de Chile, 1908.

(16) Cf *Cartas de Barros Arana a Mitre del 12 de julio de 1864, del 30 de agosto de 1865 y del 28 de agosto de 1875*. ARCHIVO DEL GENERAL MITRE-*Correspondencia literaria, años 1859-1881*. Biblioteca de la Nación. Buenos Aires. Tomo XX. Pág.25-27; 42; 45. Barros Arana sentía estima personal, afinidad conceptual y admiración intelectual por Mitre, a quien consideraba el primer historiador de relevancia en la Argentina. Lo mantuvo informado de los avances alcanzados en la redacción de esta obra que él consideraba menor en el campo de la investigación erudita, aunque la apreció como un aporte suyo a la enseñanza de la historia americana. Aunque parcialmente, la correspondencia citada expresa lo antedicho. En diversos comentarios y reseñas bibliográficas Barros se ocupó de trabajos de Mitre, llegándolo a valorar como el primer historiador argentino de fuste. Cf Diego Barros Arana-*"Historiadores argentinos anteriores a Bartolomé Mitre"*. Publicada originalmente en *Revista chilena*. Santiago, 1876. Ampliado en 1883 en el periódico *Los Lunes* en ocasión de la visita de Mitre a Chile. Santiago. En *Obras completas*. Tomo IX. Pág. 479-504.

dedicado una fuerte crítica en escritos anteriores. (17)

Estas y otras exclusiones, así como el uso crítico de algunos autores era una manera de expresar su juicio de valor, en algunos casos tan severo como era Mitre y con quien -decía- habitualmente tenía coincidencias. (18)

La bibliografía utilizada es abarcadora, ya que la obra aborda el conjunto americano desde su poblamiento hasta la primera década de vida independiente, pero no descuida la permanente crítica, elogiando la que considera valiosa por la información que rescata o porque responde a los cánones que por la época calificaban a la historia erudita.

Siguiendo los criterios predominantes, organiza su obra privilegiando el Descubrimiento y la Conquista, dedicando un espacio desproporcionadamente breve al Período Colonial, con apreciaciones que lo ubican en término medio entre las formulaciones extremas existentes en la historiografía de la época y que mantiene a lo largo de su obra, eludiendo situaciones de compromiso que lo aparten, en líneas generales, de la historia oficial de cada país que analiza al estudiar el proceso de la independencia y la creación de los nuevos Estados. Es, en buena medida, la historia oficial americana. (19)

---

(17) El primero de ellos, publicó en 1864 con seudónimo *Apuntes para la Historia de la República Oriental del Uruguay*. Ver reseña en "Notas para una bibliografía de obras anónimas y seudónimas sobre la historia, la geografía y la literatura de América". Publicado en *Anales de la Universidad de Chile*, enero de 1882, tomo LXI, pág.5-71. En Diego Barros Arana-*Obras completas*. Op cit. Tomo VI, pág.371-555. Saúl L. Casas-*La independencia del Uruguay en la Historia de América de Barros Arana*.(Inédito). La Plata, 1996. Sobre el segundo, "Miguel Lobo. *Historia general de las antiguas colonias hispanoamericanas*". Artículo crítico publicado por primera vez en *Revista chilena*, 1-4-76. Tomo IV. Pág. 630-634. En *Obras completas*. Op cit. Tomo IX. Pág. 422-429.

(18) Al respecto, resulta muy ilustrativa una extensa carta de Mitre a Barros del 20 de octubre de 1875 y la respuesta de éste del 5 de diciembre del mismo año. ARCHIVO DEL GENERAL MITRE, Op cit. Pág.48-78 y 79-82.

(19) "La versión original, con el nombre de *Compendio de la Historia de América* se editó en marzo de 1865 y a finales del mismo año una versión resumida pero que siguió los lineamientos originales, con el nombre de *Compendio Elemental de Historia de América*, cuya edición en Buenos Aires realizó Casa I. Jacobsen en 1881. El *Compendio Elemental...* tuvo una difusión sin precedentes para una obra de esa naturaleza. Varias generaciones conocieron la historia americana por su intermedio y no pocos historiadores americanistas del mundo utilizaron la versión original como fuente, que también se editó en Buenos Aires en 1904. En

Otra obra de gran impacto historiográfico fue *la Historia de la América Española* de Carlos Pereyra, publicada en ocho volúmenes entre 1920 y 1926, la obra de mayor aliento en su género realizada de manera individual por un autor latinoamericano. <sup>(20)</sup>

Compiló y publicó documentos para la historia mexicana y escribió una historia de México, pero su producción historiográfica estuvo orientada también hacia cuestiones americanas con un fuerte sesgo hispanista, expresando un tono significativamente antinorteamericano en algunos de sus trabajos. Además, tradujo y prologó *La Ilusión yanqui*, el célebre ensayo que el hacendado e intelectual brasileño Eduardo Prado publicó en 1893 con carácter militante, antipanamericano y antirrepublicano a la vez.

Carlos Pereyra demostró a lo largo de su obra una gran destreza como historiador y una trayectoria consecuente con su pensamiento político. El hispanismo que sustentó enraizaba en una concepción antiliberal, cuya demostración palmaria se produjo con el advenimiento de la República Española, a la que adversó y con el triunfo del franquismo, al cual adhirió.

Las formulaciones supuestamente jacobinas de la Revolución Mexicana lo alertaron sobre eventuales peligros que, según creía, alcanzaron su máxima expresión con el triunfo de Lázaro Cárdenas, a quien suponía "*enemigo de la España nacional, como lo era de México nacional, que se solidarizó con la causa anticomunista de España...*" <sup>(21)</sup>

Rómulo Carbia tenía un gran aprecio por el historiador mexicano y afirmaba que tanto *La obra de*

---

nuestro país la difusión de esta obra en sus dos versiones fue notable, en particular el *Compendio Elemental* que desde 1910 editó Cabaut y Cía y en 1962 Editorial Futuro, en una versión comentada por Alvaro Yunque. Al morir Diego Barros Arana en 1907, el Congreso aprobó editar sus *Obras completas* que comenzó a publicar la Imprenta Cervantes al año siguiente. No incluye la *Historia de la Independencia de Chile*, ni la *Historia General de Chile*, faltando también algunos artículos aislados, pero contiene lo fundamental y significativamente, se inicia con los dos tomos de la *Historia de América*." Ricardo A. Rivas-*Historiadores del siglo XIX...Op cit. pág.108.*

(20) Carlos Pereyra-*Historia de América española*. Editorial Saturnino Calleja. Madrid, 1920-1926. 8 tomos.

(21) Carlos Pereyra-*Breve Historia de América*. 3 ra. ed. Editorial Aguilar. México, 1949. (Primera edición en Madrid, 1930). Pág. 629.



*España en América* como -"sobre todo"- la *Historia de la América Española* estaban incluidas en el conjunto de publicaciones que asumen "las defensas del pasado español-americano y de las explicaciones de lo que fue el descubrimiento y la colonización del Nuevo Mundo".<sup>(22)</sup>

Otras obras individuales se publicaron durante estos años de posguerra, ninguna con tanto detalle como la de Carlos Pereyra que, aún desde enfoques opuestos, siguió siendo obra de consulta y fuente bibliográfica de muchas de ellas.

La tendencia a producir obras colectivas no podía ignorar a la historia de América. Como venía sucediendo desde el siglo pasado con las obras individuales, fueron también los españoles quiénes tomaron la iniciativa, tal como la *Historia de América y de los pueblos americanos* que comenzó a editar Antonio Ballesteros y Beretta, y que era el proyecto de historia colectiva más ambicioso del momento, pero la Guerra Civil y otros problemas postergaron su terminación.

Entretanto, la obra que dirigió Ricardo Levene acreditó, como mérito indiscutible, la gran prontitud con que fue realizada y cuyo organizador ostentaba un reconocimiento internacional, fundado tanto en su producción historiográfica como en su conocida inserción institucional.

Efectivamente, durante los veinte años precedentes a la publicación de la *Historia de América* -a veces alternativamente y otras simultáneamente-, Levene se desempeñó como Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata en dos oportunidades y otras tantas como Presidente de esa Universidad. Ejerció durante varios años la Presidencia de la Junta de Historia y Numismática Americana, luego Academia Nacional de la Historia. Ocupó también lugares destacados en Comisiones e Instituciones cuya creación propuso o alentó, destacándose entre otras, el Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.

---

(22) Rómulo Carbia-*Historia de la Leyenda Negra Hispano-Americana*. Ediciones Orientación Española.

El ejercicio de la docencia en la Universidad mencionada y en la de Buenos Aires, sus viajes en representación de instituciones científicas y del poder estatal y un conjunto de actividades que asombra por su número, da una imagen clara de incansable actividad desarrollada, no sólo durante el período de análisis, sino hasta su muerte.

En 1924 propuso en el III Congreso Científico Panamericano la publicación de un Manual de historia americana para el segundo nivel de la enseñanza que redactarían cinco historiadores de distintas nacionalidades, tendiente a generar mejores condiciones de entendimiento entre todos los países del continente. <sup>(23)</sup>

Pese a que esas propuestas no se materializaron, Levene -junto a otros integrantes de la Junta de Historia y Numismática Americana- insistió con otras de carácter similar que alcanzaron mayor viabilidad cuando se firmó en 1933 el convenio con Brasil para la revisión de textos de historia y que podía extenderse a los demás países americanos. El gobierno argentino designó en 1935, una comisión Revisora de Textos de Historia y Geografía Argentina y Americana integrada por cinco especialistas entre los que se hallaba Levene, quien presidía la Comisión. Dos años más tarde, entre las Resoluciones del II Congreso de Historia de América -además de aprobar la redacción de un *Diccionario Biográfico Americano* y de hacer algunas recomendaciones acerca de la enseñanza de la historia americana contemporánea-, se acordó adherir al mencionado convenio entre Argentina y Brasil. <sup>(24)</sup>

Su relación con los gobiernos de turno fue coherente, pues pese a los cambios que se produjeron, no tuvo severos conflictos. Aunque moderadamente crítico con algunas iniciativas de la dictadura de Uriburu, justificó el golpe de 1930 al que le asignó

---

(23) «Labor del delegado de la Facultad de Humanidades doctor Ricardo Levene en el Tercer Congreso científico panamericano reunido en Lima». En *Humanidades* nro. 10, 1925. Pág. 535-548.

(24) Ricardo Levene, «La iniciativa argentina sobre la revisión de los textos y la enseñanza de la Historia Nacional y Americana». En *Boletín de la Comisión Revisora de Textos de Historia y Geografía Argentina y Americana*. nro 1. Buenos Aires, 1946. Pág. 7-12. Es una buena síntesis sobre el pensamiento de Levene al respecto.

un carácter popular. Los gobiernos de la llamada Década Infame no le fueron hostiles ni trabaron sus gestiones, propias de los cargos que desempeñaba. Por el contrario, las dos obras colectivas monumentales que dirigió, *Historia de la Nación Argentina* y la *Historia de América*, aunque proyectadas con anterioridad, se realizaron en estos años que Carlos Heras llamó emotivamente su "década gloriosa" en el discurso que pronunciara poco después de la muerte del Presidente de la Academia en el homenaje que la corporación le realizó el 5 de mayo de 1959. <sup>(25)</sup>

Tanto por su accionar político como por su producción historiográfica Levene ha sido objeto de polémica, antes, durante y después del período analizado. Bastaría recordar los debates provocados por su panamericanismo de la época del Buen Vecino o su hispanismo habitual, acentuado luego de la Guerra Civil Española cuando las relaciones entre el gobierno argentino y el español atravesaban un buen momento, cuya expresión más acabada fue la publicación en 1951 de su opúsculo *Las Indias no eran colonias*.

Su relación con el Gobierno del Presidente Juan D. Perón fue por momentos conflictiva, situación que fue más tensa cuando se intervino la Academia Nacional de la Historia.

Desde el revisionismo más radical se le impugnaron algunas de sus obras, pese a que con un juego de palabras poco convincente considerara que el revisionismo era tarea de todo historiador. Con la izquierda, pese a que en su juventud había mantenido relaciones cordiales con el socialismo y el movimiento estudiantil reformista, llegó a adversar al materialismo histórico con tanta vehemencia que lo sospecharon asociado a intereses espurios. <sup>(26)</sup>

---

(25) Carlos Heras-"Ricardo Levene (1885-1959)", en *Trabajos y comunicaciones*. Facultad de Humanidades y Cs de la Educación. UNLP, nro 8, 1959. Pág. 7-23. Una versión corregida y ampliada fue publicada dos años después, "Ricardo Levene (7-II-1885—13-III-1959)", en *Obras de Ricardo Levene*. Academia Nacional de la Historia. Tomo I. Buenos Aires, 1961. Pág.13-122. En esta versión el autor llama a esa etapa "la década extraordinaria". Asimismo, son de gran utilidad los trabajos de Atilio Cornejo, "Ensayo sobre la obra de Ricardo Levene", pág.123-366 y "Bibliografía del Doctor Ricardo Levene", de Ricardo Rodríguez Molas. Pág. 367-562. *Ibid.*

(26) Julio A. Notta, "*Levene: falsificador de Wall Street*". En *Cuadernos de cultura* nro.7. Buenos Aires, 1952. Pág.77-98. Citado en Carlos M. Rama-*Nacionalismo e historiografía en América Latina*. Editorial Tecnos. Madrid, 1981. Pág. 43.

Desde el punto de vista historiográfico, vale la pena recordar que Levene participaba de un concepto que hacía de la historia nacional parte de la americana y ésta a la vez de la humanidad, cuyo trasfondo europeísta no era difícil percibir, por lo menos entre los que estaban influenciados por corrientes etnocéntricas o algunas de las vertientes indigenistas en boga. Aunque no de manera excluyente, esto explica en parte las críticas que historiadores mexicanos hicieron a la *Historia de América*, muchos de ellos pertenecientes al Colegio de México y que indica claramente que además de diferencias de criterio general subyacían conflictos de naturaleza conceptual. <sup>(27)</sup>

Fácilmente se percibe limitaciones diversas que en algunos casos resultaban anacrónicas, frente al nivel alcanzado por la disciplina en la época, y si bien se trataba de una obra colectiva realizada con respeto a la iniciativa de cada colaborador, desde la dirección podían haberse establecido criterios homogeneizadores desde el punto de vista de la calidad historiográfica. Por otro lado, algunos de los límites estaban impuestos por el propio Levene que creía, sinceramente, que podía ser de interés "... una historia de América vista a través de grandes hechos y hombres principales". <sup>(28)</sup>

La obra tenía pretensiones de totalidad, en buena medida lograda, tanto por abarcar todo el espacio geográfico americano,

---

(27) Levene expuso una apretada síntesis de sus ideas historiográficas en su discurso en la colación de grados de la Universidad Nacional de La Plata en 1929 que tituló "*La Argentina de ayer y de hoy*", aclarando al pie de página que en este texto realiza "una interpretación idealista de la Historia Argentina". *Humanidades* nro. XX, 1929. pág. 569-583. Sobre los comentarios y críticas de los historiadores mexicanos ver *Revista de Historia de América*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México. En el nro 10 de diciembre de 1940 se indica sin comentarios la publicación de los tomos I a V y en el nro 12 de agosto de 1941 los tomos VI a VIII. En tanto que en los nros 13, de diciembre del mismo año y el 14, en junio de 1942, se reseña detalladamente toda la obra, con juicios a veces exageradamente denigradores, aunque dicho sea de paso, en buena medida se ajustan a los criterios más aceptados de la época.

(28) Ricardo Levene-*Historia de América*. Editorial Jackson. Buenos Aires, 1940-1941. 14 tomos. "Prólogo". Tomo I, pág. XII. Entre 1946 y 1947 se publicó la segunda edición en quince tomos, pues se alargó el primero al reemplazar "Rasgos geográficos del Nuevo Mundo" que Federico Daus había redactado para la primera, por otro trabajo más completo del mismo autor.

incluyendo Canadá que en muchas obras había sido ignorado, como por el período analizado, que desde los primeros pobladores llegaba hasta la década del treinta de este siglo.

Además, con esta obra Ricardo Levene alcanzaba un viejo propósito de clara vocación panamericanista, como era reunir a autores americanos en una historia integral, objetivo que sólo en parte alcanzaría, por lo menos por dos factores limitantes.

Por un lado, porque si bien participaron referentes de la mayoría de los países americanos, muchos de ellos con reconocido prestigio internacional como William S. Robertson (el historiador norteamericano que en 1937 tradujo al inglés *Lecciones de Historia Argentina*) o Silvio Zavala (el brillante autor de la *Encomienda Indiana*), o Ricardo Donoso, (el historiador de las ideas en Chile), algunos no eran tan conocidos en la comunidad científica de entonces.

Por el otro, porque la notoria desigualdad en la calidad de los trabajos y el parcelamiento en historias nacionales a partir del proceso de descolonización, conspiró fatalmente contra una visión integrada de la historia americana.

Los autores eran miembros de Institutos o Academias de diversos países americanos (Brasil, Paraguay, Colombia, Venezuela, Cuba, Uruguay, México, Chile, Argentina) y/o de universidades (Buenos Aires, La Plata, Illinois, Lima, Quito), pero la participación argentina resultó proporcionalmente mayor, lo cual podía incidir en la preponderancia de enfoques propios de la historiografía de un país, en una obra general y colectiva.

En efecto, varios pertenecían a las Universidades de Buenos Aires y de La Plata, algunos de los cuales estaban a la vez vinculados a la Junta de Historia y Numismática Americana. Otros, sin ser de nacionalidad argentina, pertenecían a alguna institución de ese origen, como el boliviano Alcides Arguedas, miembro correspondiente de la Junta de Historia y Numismática Americana o el dominicano Pedro Henriquez Ureña, de la Universidad Nacional de La Plata.

Si como director, Levene alcanzó muy parcialmente una labor exitosa, su participación directa como historiador fue más feliz, por lo menos en parte, pues en la *Historia de América* incluyó trabajos suyos ya consagrados, adaptados a las exigencias de la obra, por lo menos dos de ellos; una versión actualizada de *Lecciones de Historia Argentina*, cuya popularidad entre varias

generaciones de argentinos está demostrada, e *Investigaciones acerca de la historia económica del Virreinato del Plata*, que como lo ha indicado Fernando Devoto, había provocado un elogioso comentario de Lucien Febvre en 1930. <sup>(29)</sup>

### **Palabras finales**

Desde una perspectiva más amplia, Héctor José Tanzi abordó un tema similar al expuesto, abarcando en su análisis todo tipo de obra (individual o colectiva), autores de nacionalidad diversa (europeos, norteamericanos y latinoamericanos) y un período que partiendo del siglo XV, llegaba hasta la actualidad. Los detalles quedaron postergados en favor de tanta extensión y las obras de Barros y Levene, que aquí se consideraron determinando el período de estudio, eran allí apenas mencionados. <sup>(30)</sup>

Desde luego, no se ha pretendido con este artículo precisiones de mayor alcance sino simplemente bosquejar, muy esquemáticamente, algunos aspectos referidos a la historiografía americanista latinoamericana, con escasa mención de historiadores de otro origen.

El aporte de esos historiadores a la historia de América fue significativo durante el período analizado, así como el de las redes historiográficas nacionales de América Latina que la hicieron viable, por tres razones cuanto menos; porque organizaron los archivos, crearon instituciones específicas y desarrollaron su historiografía nacional. En fin, hicieron posible el abordaje de empresas como la historia de América, haciendo de ésta un objeto de estudio que, como se sabe, no es de fácil aprehensión.

Considerar a las dos obras representativas y delimitantes del período analizado puede parecer arbitrario, pero se trata en ambos casos, de una peculiar singularidad otorgada por el prestigio de los autores y la novedad que en cada caso significó una obra de esa naturaleza.

---

(29) Fernando Devoto, *Itinerario de un problema: «Annales» y la historiografía argentina (1929-1965)*, en *Anuario del IEHS* nro 10. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional del Centro. Tandil, 1995. Pág.165-175.

(30) Héctor J. Tanzi, *Op cit.*



Ambas fueron realizadas en ámbitos historiográficos reconocidos, sea en cuanto al desarrollo y calidad de la disciplina, como en cuanto a la significación de las redes institucionales que rodearon a sus autores.